



WENCESLAO PEDERNA Y EL ADMIRABLE CAMINO A LA SANTIDAD

*Diego Delgado**

Una breve biografía del laico de la Acción Católica rural que será beatificado por su testimonio de mártir, junto con quien fue obispo de La Rioja, monseñor Enrique Angelelli, y los sacerdotes Carlos Murias y Gabriel Longueville.

“Un hilo fino en un gran tapiz, aunque lleno de color, no sabe si él es parte del diseño de la gran creación... Mas, ¿quién de su vida sabrá el valor? ¿O quién lo ha de apreciar? Nunca lo verá ojo de mortal. Tú lo debes mirar con la mirada celestial...”, canta Jetró en la película El príncipe de Egipto, al abrazar a Moisés y darle un valor a su ser que ni él mismo lo consentía.

Cuando hablamos de los santos recordando su historia, repasando sus heroicos momentos entre los hombres observamos en forma acabada ese tapiz, obra de Dios, terminado y expuesto para la humanidad. Una belleza inconmensurable ante los ojos que lo aprecian, pero en muy pocos casos percibimos el día a día de sus vidas, la cotidianidad con la que crecen y se enfrentan, de alguna manera, buscando el camino que Dios les va marcando, confrontando cada tanto situaciones de debilidad donde aparecen las dudas e incertidumbres, o donde la orientación se pierde confundiendo las razones del mundo con la verdadera fe. Sin embargo, en todos los casos es el mismo Dios quien, con su infinita paciencia, nos muestra el camino a la verdad y son pocos los que logran deslumbrarse ante ella y dejarlo todo, hasta la propia vida.

Wenceslao nació en la provincia de San Luis en 1936. Era de una familia de campesinos muy humilde. Logró estudiar hasta los 10 años y luego la labor del campo lo fue llevando seguramente a contemplar ciertas bellezas de la Creación. Tanto es así que cuando tuvo que cumplir con el servicio militar y fue destinado a Mendoza quedó admirado por esa provincia, que lo cautivó por sus paisajes. La majestuosidad de sus montañas, las largas alamedas que costean los viñedos y el aire cordillerano fueron motivos de una serie de decisiones que lo iban a orientar por caminos que ni se imaginaba. Se fue a vivir a Mendoza y consiguió trabajo en unos viñedos de propiedad de la firma Gargantini. Ahí desarrolló su habilidad con la madera, principalmente con el tendido de las hileras y postes para las parras. Así pasaban sus días entre maderos, carros, viñedos y el mejor sol de las tierras cuyanas. Fue entonces cuando conoció a Coca y al poco tiempo decidieron

* Presidente de la Acción Católica de la diócesis de La Rioja.

casarse. Coca era muy creyente, asistía a misa y rezaba constantemente. Al principio Wenceslao no quería casarse por iglesia; tenía cierto rechazo a los curas. Coca le advirtió que si no pasaban por el altar para consagrar su matrimonio no se iba a casar. Entonces Wenceslao desistió de su actitud y así lo hicieron. Tuvieron la primera de sus tres hijas y conformaban una familia que gozaba de la plenitud de la vida. Era un empleo con muy buena paga, necesidades ampliamente satisfechas, un hogar y la calidez familiar. Todas esas cosas lo hacían sentirse realizado a Wenceslao, pero había algo que no podía resolver ante tanta armonía y dicha: era el hecho de participar en la comunidad parroquial donde su esposa colaboraba abiertamente. Dentro de las propiedades de Gargantini había una iglesia pequeña y se intentaba conformar una comisión protemplo. Coca, con mucho entusiasmo, colaboraba incluso en la catequesis, pero Wence, como ella le decía, se mantenía alejado.

El hombre que sabe contemplar las bellezas del mundo no podía tener un corazón cerrado, egoísta y frío. Sin embargo, no había forma de que acompañara a Coca aunque sea a la misa de los domingos. Ella siempre le insistía, pero él esgrimía la misma respuesta de siempre: “No creo en los curas, no me gustan los curas...”

Un día comenzó la novena a la Virgen de la Carrodilla, patrona de los viñedos. Los preparativos demandaban la participación de todos los feligreses y Coca ahí estaba. En una oportunidad en el primer día de la novena ella le insistió a Wence para ir a rezar el rosario a la Virgencita, y él se negó rotundamente; entonces ella, enojada, agarró de la mano a su hija y se fue a la iglesia. Mientras iban desgranando las cuentas, arrodilladas y en plena oración -vaya uno a saber cuáles eran las súplicas de ella y qué le pasaba por la cabeza a él-, la decisión más acertada fue resuelta en ese momento. Wenceslao accedió a acercarse a la iglesia y comenzar a acompañar a Coca. Tanto la novena como los sermones del sacerdote fueron de gran admiración para él. Algo lo cautivó tanto en la fe como en las obras, ya que le asombraban las tareas y la organización de la comisión protemplo donde luego comenzó a participar activamente. Nació el hombre nuevo.

Dios no solo nos muestra el camino; también nos va preparando para realizarlo y esto implica hacerlo hasta la perfección. La entrega como virtud es la forma de ofrecerse completo: no hay lugar para otra cosa más que la abnegación. Esto lo fue comprendiendo Wence y a la vez habrá experimentado el gozo de brindarse, de desprenderse de sí mismo, para que otros tengan lo que les faltaba, ya sean cosas materiales como espirituales. Su desempeño en la comunidad junto a los curas, a los que antes no quería, ahora tiene un espacio preponderante. Así fue conociendo a un Cristo pobre para los pobres, a un Dios misericordioso para todos los desconsolados y a un gran Espíritu para reposar en sus cansancios ahora sagrados. La vida de Wenceslao tenía un norte bien marcado, claro e incomparable con cualquier empresa de este mundo. El amor de Dios lo cautivó de una forma extrema.

La lectura del Evangelio y la coordinación de trabajos en el templo fueron abonando la actitud desprendida sobre las cosas materiales y lo hicieron avanzar rápidamente por un camino que había elegido y que no dejaría ni siquiera ante las adversidades.

En su trabajo comunitario tuvo oportunidad de conocer a dos muchachos de la Acción Católica, Carlos y Rafael, que conformaban sectores rurales de misión y apostolado. Ellos vieron en Wence a un hombre perdidamente enamorado de Cristo, a un hombre íntegro y con una fortaleza admirable. Fue así como un día lo invitaron a viajar a La Rioja. En esas tierras lo esperaban muchos hermanos necesitados; la pobreza y la explotación laboral contrastaban con la bonanza que vivían en Mendoza. Las necesidades eran muchas y seguramente sintió que ese era su destino. Ante la mirada atónita de su esposa expresó su deseo de irse a vivir, todos, a La Rioja. Y así lo hicieron. Sin saberlo se estaba forjando un

camino que solo se compara con la locura de la Cruz y, como dice San Pablo, esa es la fuerza de Dios.

En La Rioja conoció a monseñor Enrique Angelelli, quien, junto a Carlos y Rafael, impulsaba a la Acción Católica en las zonas rurales. Wenceslao comenzó a trabajar para los pobres llevando el Evangelio; también lo hacía buscando justicia social para los trabajadores del campo. Una gran alternativa para ellos eran las cooperativas. Trabajar su propio suelo era para los riojanos algo imposible de pensar, pero Wence insistía en crear una conciencia comunitaria. Los grandes hacendados y terratenientes acaparaban todos los recursos, dejando a las comunidades más pobres pocas posibilidades de progreso. Wenceslao acompañó la pastoral de monseñor Angelelli con una entrega hacia los necesitados, poniendo a disposición todo lo que tenía. Vivió en varios lugares, llevando a su familia a cada rincón donde veía que podía ayudar. Finalmente se asentaron en la localidad de Sañogasta; allí compró un terreno y comenzó a construir su nuevo hogar. Muy cerca estaba la iglesia del Sagrado Corazón, donde luego levantaron una casa de retiros, una quinta y muchas otras cosas para la comunidad.

Llegaron tiempos oscuros, allá por la década de 1970. La Junta Militar asumía el gobierno del país y comenzó el “Proceso de Reorganización Nacional”: ese proceso implicaba eliminar cualquier pensamiento revolucionario. La dignidad de las personas estaba encerrada en parámetros contruidos para dominar, con lo cual cualquier forma de expresión fuera de esos parámetros estaba mal vista por el gobierno de facto y era considerada como actos subversivos o simplemente amenazas para el sistema. Mientras tanto, los pobres seguían sumidos en su pobreza.

La iglesia riojana avanzaba siempre con un oído en el Evangelio y el otro en el pueblo, como le gustaba decir a Angelelli. Para Wenceslao su misión era clara: no había marcha atrás, había llegado a un estado de entrega a Cristo a través de sus hermanos que prácticamente estaba cegado por el amor de Dios.

Las noticias de enfrentamientos y desapariciones de personas comenzaban a ser moneda corriente. Muchos abandonaban las actividades comunitarias o evangélicas por temor a ser perseguidos o asesinados. No todos habían contemplado a un Dios tan grande y tan bueno como lo hizo Wence. Ni las muertes de los curas Gabriel Longueville y Carlos Murias lo amedrentaban. Ellos fueron torturados y asesinados por grupos armados en Chamental, arrancados de la casa parroquial y encontrados luego al costado de la ruta sin vida.

Una semana después de conocida la noticia de los curitas de Chamental, en Sañogasta comenzaron a frecuentar vehículos desconocidos para ese pueblito. El terror se hacía presente. La fe y sus consecuencias estaban fuera del parámetro establecido por los militares en el gobierno.

La madrugada del 25 de julio de 1976 unos autos alumbraban con sus luces la casita de Wenceslao. Sintieron golpes en la puerta y él se levantó para ver qué sucedía. Era común que algún vecino necesitara ayuda ante alguna urgencia y como Wenceslao siempre tenía su camioneta a disposición creyó que se trataba de algo así. Doña Coca fue tras él, y por una ventana pudo observar a tres hombres armados; quedó paralizada y no pudo advertirle a Wence de esa escena. La puerta se abrió y los disparos comenzaron a impactar contra el cuerpo del hombre y por varios lados de la casa.

Aunque lo llevaron al hospital de Chilecito con rapidez y fue atendido por varios médicos, cerca de las tres de la tarde Wenceslao dejaba de existir tras recibir veinte

impactos de bala. Se apagaba una vida que había recibido a Cristo como modo de vida. ¿Quién puede sentir tanto odio a la fe?

Una esposa y tres hijas lo lloran aún. Pero ellas siempre repiten las últimas palabras que les dejara como un legado inquebrantable: “A los que hicieron esto, no los odien. No odien”.



Este año se cumplieron 42 años de aquella noche fatídica. El 25 de julio pasado fui a la casa de doña Coca, la abracé y me dispuse a acompañar los restos de Wenceslao Pedernera, laico, padre, esposo, que se encontraban en una urna sobre la mesa de la cocina de esa casa humilde, habían sido exhumados y serían llevados en procesión hasta la parroquia Sagrado Corazón, a unas pocas cuadras, donde descansarán por siempre, allí donde con su testimonio acompañó a los pobres, donde tanto trabajó por el Reino de Dios.

Cuando sostuve la urna con mis manos en la procesión, pensé por un momento en la infinita alegría del Evangelio resumida en acciones, y de esa forma la invitación renovada de seguir a Cristo hasta el fin.